

Esta investigación, arbitrada por pares académicos, se privilegia con el aval de la institución coeditora.

Ma. Herlinda Suárez Zozaya
José Antonio Pérez Islas

Introducción: de traslapes y diversidades

ES COMÚN QUE, en una primera instancia, la palabra “universitarios” evoque imágenes de jóvenes y, en particular, de estudiantes, llegando incluso a usarse estos tres términos a manera de equivalentes. Esto es lo que se ha llamado *modelo metonímico*, donde a un grupo particular, en este caso los universitarios, se les confieren todas las características de otro grupo más general, en este caso los estudiantes; pero además, aquí también sucede que se le entiende vinculado al concepto juventud y viceversa.¹

Los traslapes de significación entre los conceptos “universitarios”, “estudiantes” y “jóvenes” se derivan, por un lado, de concepciones que pretenden dividir la vida en etapas –niñez, juventud, adultez, vejez–, y que piensan a la juventud como un tiempo de moratoria, de preparación. Desde estas formas de entender la vida, se enmascaran las diferencias en los trayectos vitales de los individuos, de acuerdo con sus culturas y grupos de origen y pertenencia social, y se ocultan las desigualdades producidas por las injusticias sociales y la falta de solidaridades públicas; se silencia el hecho de que no todos los jóvenes son iguales, no tienen los mismos anhelos ni tampoco oportunidades. Por su parte, la idea de que todos los universitarios son estudiantes jóvenes induce a acotar las relaciones entre los individuos y la institución universitaria sólo a un tiempo de la vida, convirtiendo estas relaciones en algo transitorio e inhibiendo así la posibilidad de que “lo universitario” se construya como posibilidad de encuentro

Coeditores de la presente edición:
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
SEMINARIO DE EDUCACIÓN SUPERIOR
SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN EN JUVENTUD
CONSEJO IBEROAMERICANO DE INVESTIGACIÓN EN JUVENTUD
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Primera edición, mayo del año 2008

© 2008
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

© 2008
Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-970-819-037-4

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO  PRINTED IN MEXICO
www.miaporrua.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

¹Cfr. Enrique Martín Criado, *Producir la juventud*, Madrid, Istmo, 1998, p. 28.

intergeneracional. De esta manera, se evita que la noción de “universitarios” refiera a una categoría social que proyecta sentidos de pertenencia e identidad, con respecto a un colectivo que es inclusivo, mientras que a la universidad se la piensa, tan sólo, como institución que imparte educación superior a los jóvenes, mismos que son universitarios mientras estudian, pero que al terminar sus estudios dejan de serlo.

Es cierto que todos los universitarios tienen en común haber sido estudiantes de la universidad, pero no es necesario que lo sigan siendo. De hecho, por lo general, los individuos que han estudiado en la universidad, sean o no estudiantes, e independientemente de la edad que tengan, contestan afirmativamente a la pregunta: ¿eres universitario? Sin embargo, la identidad universitaria de quienes fueron estudiantes, pero que ya no estudian, se encuentra opacada y diluida frente a otras que les permiten la descripción del yo, desde particularidades educativas más personales, específicamente frente aquellas identidades referidas a las “profesiones”. Por lo tanto, la noción de universitario opera más como designación que como identidad social.

La de universitario es una designación que, como todas, se encuentra vinculada a la historia y al contexto específico donde se realiza. En particular en la región latinoamericana las universidades han ocupado un papel central en los procesos de clasificación, selección y formación de sujetos para puestos de cúpula, y, por lo tanto, los universitarios han sido miembros de las clases poderosas (económica, social, cultural y políticamente); su figura ha sido y sigue siendo representada a través de imágenes de privilegio y se les ha vinculado con la movilidad social, con el avance de la democracia y la intelectualidad; se les ha visto como críticos, bohemios y activistas, pero también como aliados y soportes del poder y, últimamente, hasta como excedentes y apáticos. Y es que en la actualidad, los procesos de reproducción social y cultural se han complejizado enormemente; hoy en día, ya es imposible encubrir que la palabra “universitario” es polisémica y que define a un sector muy heterogéneo, tanto, o más, que el conformado por los propios estudiantes.

Desde la aparición, en 1964,² de la obra de Bourdieu y Passeron *Les héritiers. Les étudiants et la culture* ha quedado claro que los universitarios constituyen un sector compacto, visible, demandante y privilegiado, pero no homogéneo. En su interior pesan grandes diferencias: según el origen socioprofesional de los padres, el sexo del estudiante, su declaración explícita de creencias religiosas, su edad escolar; en conclusión, los universitarios son sólo “formalmente” iguales, pero el peso de la herencia cultural les permitirá lograr, o no, su “porvenir objetivo”.³ A partir de esta obra, abundaron los estudios sobre los universitarios que han sido concebidos, siempre, como jóvenes estudiantes.

El presente libro se aparta sólo un poco de esta concepción, ya que aunque la mayoría de los artículos incluidos tratan sobre estudiantes universitarios, también hay los que extienden la noción de universitarios, considerando en sus reflexiones y análisis a los jóvenes con educación superior, estudien o no (Suárez Zozaya y Pérez Islas, y Márquez Jiménez), y a los miembros (sean estudiantes o no) de alguna institución universitaria específica (García Salord). Cabe señalar que, deliberadamente, hicimos la invitación a las y los autores, especialistas todos en temas de educación superior y/o juventud, convocándolos a participar escribiendo acerca de “jóvenes universitarios”, sin más explicación. He aquí la respuesta: la mayoría abordó el universo estudiantil, como si esto fuera “lo natural”.

No obstante, dos preocupaciones comunes unen los textos que a continuación vamos a presentar: la primera se relaciona con la advertencia de que centrar el análisis en los estudiantes universitarios no implica perder de vista que estos jóvenes comparten una condición juvenil con el resto de sus pares menos afortunados; la segunda, tiene que ver con el reconocimiento de la diversidad profunda que existe entre los universitarios, sea por su origen social, por su sexo, por los valores que sustentan, por el

²El impacto en Iberoamérica fue dos años después al traducirse: P. Bourdieu y J.C. Passeron, *Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Labor, Nueva Colección Labor, núm. 49, 1966. Con una “Introducción” bastante provocadora de José Luis L. Aranguren.

³Con este término Bourdieu destaca el carácter restrictivo del *habitus*, al limitar el ámbito de las acciones, conductas y cogniciones que le son posibles a los individuos.

papel que la sociedad les está asignando en función de sus capacidades u orientaciones profesionales o, por las opciones que tienen frente al mercado de trabajo.

Las colaboraciones incluidas utilizan metodologías diversas para analizar las situaciones de los jóvenes universitarios: Suárez Zozaya y Pérez Islas, así como García Salord, y Ghiardo Soto y Dávila León parten de acercamientos históricos, mientras que De Garay, Toer *et al.* y Zubieta y Rosas desarrollan "perfiles"; por su parte, Márquez Jiménez lleva a cabo un riguroso análisis estadístico. Las fuentes de información también son varias: hay quienes echan mano de las bases de datos de las encuestas nacionales de juventud (Suárez Zozaya y Pérez Islas; Ghiardo Soto y Dávila León; Márquez Jiménez); otros autores, en cambio, hacen uso de encuestas diseñadas *ex profeso* para conocer a determinados estudiantes de universidades específicas (Arango Gaviria; Martínez Gómez; y, Toer *et al.*), a veces usando como referencia y punto de comparación las mismas encuestas nacionales de juventud; hay también quienes utilizan los registros administrativos y evaluaciones de programas universitarios que permiten analizar la pertinencia de su aplicación y su impacto en la población estudiantil (Zubieta y Rosas).

Los ámbitos de referencia son dos: el nacional (Suárez Zozaya y Pérez Islas; De Garay; Ghiardo Soto y Dávila León; Márquez Jiménez); y, el referido a universidades específicas (García Salord, Arango Gaviria, Martínez Gómez, Zubieta y Rosas; y, Toer *et al.*). También habría que decir que seis textos se refieren al ámbito mexicano y el resto a tres países de América del Sur (Colombia, Chile y Argentina). La convocatoria latinoamericana es resultado de nuestra convicción acerca de que entre los países de la región se mantienen lazos histórico-culturales comunes y compartidos y que los jóvenes universitarios de los distintos países enfrentan, confrontan, resisten, construyen, viven, condiciones que deben conocerse, compararse, analizarse e intervenir.

Las temáticas que abordan los capítulos del libro son diversas: dos se concentran en uno de los problemas más acuciantes que enfrentan los egresados universitarios: la transición al traba-

jo. El primero analiza, mediante una serie de relaciones bivariadas y de modelos de regresión logística múltiple, los factores relacionados con las oportunidades que tienen los jóvenes de encontrar-se estudiando, trabajando o ninguna de las dos (Márquez Jiménez), destacando sobre todo el esfuerzo que han hecho y hacen las familias de escasos ingresos para mantener a sus hijos en la escuela; el segundo (Martínez Gómez), analiza las condiciones de empleo de universitarios formados principalmente para atender al sector agropecuario. Tanto el trabajo de Márquez como el de Martínez muestran que los escenarios laborales de los jóvenes con educación superior son menos adversos respecto al de los jóvenes que no han tenido acceso a este nivel educativo, pero que no por ello las condiciones en que viven los primeros dejan de ser deplorables. A este respecto, llama la atención que, de acuerdo con el análisis y las conclusiones de Martínez, con todo y las pésimas condiciones a las que se enfrentan, la frustración entre los "chapingueros" sea menor, con respecto a la que experimentan los jóvenes de otras universidades.

Cinco capítulos más se preocupan por comparar y analizar las actitudes y perspectivas al interior de los propios estudiantes universitarios, en función de sus posiciones políticas, axiológicas y/o de sus prácticas culturales. Así, Arango Gaviria parte de la triple conjunción de diferenciación que se produce en los universitarios: clase social, relaciones de género y contrastes por tipo de carrera (ingenierías y de sociales), su eje de análisis es cómo la condición estudiantil se vuelve factor de organización de la experiencia juvenil. Por su parte Ghiardo Soto y Dávila León, enlazan las diversas condiciones juveniles con sus percepciones, con la modernización (integración a las nuevas tecnologías de información y comunicación), con la cultura (sus pautas y prácticas) y con los patrones ideológicos (referentes políticos y secularización).

En el tercer trabajo de este segundo grupo, De Garay llama la atención acerca de la necesidad urgente de conocer, de manera sistemática, a los estudiantes. Plantea que las autoridades de las instituciones escolares y principalmente los maestros, quienes se

encuentran día a día con los jóvenes, deben mantenerse atentos a entender la segmentación constante que se da en estos sectores en los que las culturas juveniles (a las que el autor refiere como “zappingcultura”, reapropiándose un concepto de Castoriadis), se encuentran en un estadio diferente al de la cultura escolar. Por su parte, el texto de Toer y colaboradores, presenta una comparación de poblaciones estudiantiles de universidades distintas, no sólo por su régimen institucional sino por su localización geográfica. Para hacer la comparación selecciona la Universidad de Buenos Aires y alrededor de 460 instituciones de educación superior en Estados Unidos y concluye que la distancia física es más grande que la que se refiere a las percepciones valorales, ya que después de todo, al respecto, encuentra similitudes. Finalmente, desde la comparación entre las profesiones de las ciencias exactas y las de sociales (siempre atravesadas por el género), las autoras Zubieta y Rosas descubren opciones de políticas para instrumentar en las universidades, a partir de los comportamientos y evaluaciones tan contradictorias que reciben estudiantes que se inscriben a un programa llamado El Verano de la Investigación Científica, que se lleva a cabo durante dos meses en diversas instituciones y donde los jóvenes conviven con investigadores de prestigio, desarrollan y ayudando en tareas de indagación.

Los dos textos restantes, que son los que abren la publicación, problematizan las producciones simbólicas respecto a las representaciones sociales de los universitarios (Suárez Zozaya y Pérez Islas) y a los movimientos estudiantiles (García Salord). El primero parte de un presupuesto central: ha existido y hay una lucha por la hegemonía de la representación social de la figura del universitario, que es más trascendente que la del estudiante que siempre es fugaz. Esta disputa ha sido vital para la universidad pública, y para el propio país, por el lugar que ha ocupado la praxis universitaria en el desarrollo económico, social, político y cultural de la nación; actualmente en la nueva etapa del llamado “capitalismo accionario” la disputa por la representación de las nuevas generaciones está vigente, llevándola incluso al plano de la insignificancia. El segundo texto, el de García Salord, es una

interesante propuesta analítica sobre cómo ha funcionado la descalificación de la participación estudiantil en las reformas universitarias, convirtiéndolos en talón de Aquiles y chivos expiatorios de esas reformas, donde persiste el racismo y el clasismo hacia los jóvenes estudiantes desde los otros actores universitarios. Plantea que la significación de los movimientos estudiantiles como “pretexto baladí” ha obstaculizado el estudio sistemático de las reivindicaciones que son objeto no sólo de los movimientos sino de las distintas formas de participación de los estudiantes en la vida universitaria.

Como se puede observar la presente publicación contiene miradas distintas entre sí, a veces contradictorias y otras complementarias. En conjunto nos dan la posibilidad de tener un registro de problemáticas que están presentes en las realidades latinoamericanas y que enfrentan los jóvenes universitarios de la región. Algunas de estas condiciones vienen de antaño y persisten; otras han irrumpido como novedad en los escenarios del continente; son muchas las que deben atenderse, a manera de emergencias, pero ciertamente a la atención que demandan no puede responderse con la política del HOY, que se ha puesto de moda, cuando menos en México, y que se caracteriza por hacer a un lado la historia. Este libro se propone contribuir a fortalecer la perspectiva regional latinoamericana y también la histórica, pues estamos convencidos de que en Latinoamérica la conciencia histórica es necesaria como antídoto contra la alienación y la sumisión.

Agradecemos a todos(as) lo(as) colaboradores(as) su contribución en este libro. En especial al Seminario de Educación Superior (SES) de la UNAM, por el apoyo a nuestro proyecto.

[Ciudad de México, invierno de 2007]